

EL ESPÍRITU SANTO Y LA NATURALEZA HUMANA

ANA TERESA LÓPEZ DE LLERGO

INTRODUCCIÓN

«Así como Jesucristo predicaba, así ahora el Espíritu Santo predica; así como enseñaba, así el Espíritu Santo enseña; así como Cristo consolaba, así el Espíritu Santo consuela y alegra. ¿Qué pides? ¿Qué buscas? ¿Qué quieres más? ¡Que tengas tú dentro ti un consejero, un ayo, un administrador, uno que te guíe, que te aconseje, que te esfuerce, que te encamine, que te acompañe en todo y por todo! Finalmente si no pierdes la gracia, andará tan a tu lado, que nada puedas hacer, decir ni pensar, que no pase por su mano y santo consejo. Seráte amigo fiel verdadero; jamás te dejará si tú no le dejas»¹.

Juan Pablo II recuerda una de las enseñanzas del Concilio Vaticano II: cada hombre es una criatura a quien Dios quiere por sí misma y sobre la cual tiene su proyecto, la participación en la salvación eterna². Todo ser humano nace con una naturaleza, que puede perfeccionarse mediante el desarrollo de sus potencialidades corporales y espirituales, en el ámbito de la sociedad. La sociedad más próxima es la familia: allí, de modo natural, recibimos las primeras influencias educativas, que nos ayudarán más tarde a incorporarnos a otras instituciones como la escuela y las sociedades intermedias, para realizar nuestro proyecto personal de vida.

Pero, precisamente porque Dios tiene un proyecto para cada persona, que excede la vida terrena, necesitamos unos medios sobrenaturales que nos ayuden, aquí, a ganarnos el Cielo. Del mismo modo que necesitamos de diversas sociedades para desarrollar nuestra vida temporal, necesitamos de una sociedad sobrenatural que nos ayude a prepararnos para la vida eterna. Esa sociedad es la Iglesia, a la que nos in-

1. BEATO JUAN DE ÁVILA, *Sermones del Espíritu Santo*, Rialp, Madrid 1957, pp. 123-124.

2. Cfr. JUAN PABLO II, *Centesimus annus*, p. 105.

corporamos por el Bautismo, sacramento que nos inicia en la vida de la gracia y que, al hacernos hijos de Dios, nos trae la inhabitación del Espíritu Santo a nuestra alma. Entonces, el Espíritu Santo se convierte en el Maestro, que, si le dejamos, actúa dentro de cada uno y con alcances divinos, perfecciona las capacidades de nuestra naturaleza. Con el Espíritu Santo los cristianos podemos lograr la trascendencia sobrenatural.

La luz que da el estudio de la acción del Espíritu Santo en el alma en gracia —por medio de los dones y, de los efectos de Su acción, los frutos—, hace posible conocer mejor la naturaleza humana y establecer una Antropología más precisa, ya que Dios, Autor de todo lo creado, desde toda la eternidad, *diseñó* a la persona humana con el propósito de habitar en ella y de conducirla a la felicidad de la contemplación de Su Divina Esencia.

LA NATURALEZA HUMANA

La palabra naturaleza proviene de la raíz latina *gena* que significa engendrar. De esta raíz se origina la palabra *natura*, que deriva del verbo *nascor*, cuyo significado es nacer. En la lengua griega, lo correspondiente a *natura* es la palabra *physis*, emparentada con el verbo *phyo* que significa producir, crecer, hacer, y que a su vez encierra la idea de nacer por sí mismo. La raíz común de esta familia de palabras griegas es el término *bhu*, que se relaciona con el verbo *ser*³.

La naturaleza de un ser se conoce por sus *operaciones*; observar a nuestros semejantes y reflexionar sobre lo que nosotros mismos hacemos descubre un inmenso panorama: realizamos muchas operaciones, unas evidentes, como cambiar de lugar, ingerir algún alimento, manipular un instrumento, éstas siguen las leyes de la materia. Otras veces, nuestras operaciones no son evidentes para los demás, si no queremos manifestarlas, por ejemplo: contemplar una idea, experimentar la modificación de algún afecto, tomar una decisión, todas ellas siguen otras leyes, distintas de las de la materia. Por eso, concluimos que los seres humanos estamos compuestos por dos principios, uno corpóreo, material y, otro espiritual, el alma. En la corporeidad está la imagen de Dios y, en la espiritualidad, además de la imagen se da la semejanza con Dios.

Cada persona concreta la naturaleza *humana* en un *ser singular* que se reconoce por su *nombre propio* y, también, por el *modo* como realiza las operaciones comunes —corpóreas y espirituales— de su es-

3. Cfr. *Gran Enciclopedia Rialp*, Madrid 1987, voz «Naturaleza».

pecie. Así, el papel que desempeña entre los miembros de la sociedad, es único e irrepetible. «La noción de persona va ligada indisolublemente al nombre, que se adquiere o se recibe después del nacimiento de parte de una estirpe que, junto con otras, constituye una sociedad, y en virtud del cual, el que lo recibe queda reconocido y facultado con unas capacidades (papeles o roles que puede desempeñar), es decir, queda constituido como actor en un escenario —la sociedad—, de forma que puede representar o ejercer las funciones o capacidades que le son propias en el ámbito de la sociedad»⁴.

Podemos definir a la persona humana como *sujeto de naturaleza corpóreo-espiritual que se desarrolla en sociedad*. Presentamos a continuación un esquema de las operaciones humanas:

ÁMBITO	Corpóreo	Espiritual
Cognitivo	Sentidos: externos internos	Inteligencia
Apetitivo	Pasiones: concupiscibles irascibles	Voluntad

En la composición corpóreo-espiritual de la persona, podemos hablar de un ámbito sensitivo sustentado en el cuerpo, y un ámbito espiritual, en el alma. Además, como la persona establece relación con el entorno, también podemos hablar de los ámbitos cognitivo y apetitivo.

La persona inicia la relación con el mundo por el conocimiento sensitivo. Los cinco sentidos externos son las *ventanas* por las que introducimos lo que nos rodea. Estos datos se recogen en los sentidos internos y por ellos percibimos los objetos, formamos las imágenes y las recordamos. Este proceso de conocimiento no se interrumpe, pues la inteligencia, facultad espiritual, obtiene conceptos por abstracción de las imágenes sensibles. Por la inteligencia la persona puede alcanzar la verdad, mediante operaciones variadísimas como observar, analizar, sintetizar, relacionar, juzgar, etc. La inteligencia es una en cada persona; las operaciones intelectuales múltiples, todas ellas, matizadas por la singularidad de cada quien. Pero, todo conocimiento desencadena los apetitos: el sensible, las pasiones, que son movimientos de aceptación o de rechazo por algo o alguien. El conocimiento intelectual provoca las voliciones, movimientos de la voluntad que persiguen el bien.

4. J. CHOZA, *Manual de Antropología filosófica*, Rialp, Madrid 1988, p. 405.

La dinámica de la persona es compleja, porque el conocimiento sensitivo desencadena a la vez el conocimiento espiritual y el apetito sensitivo. Si en algún caso el apetito sensitivo es vehemente, puede imposibilitar el recto ejercicio de la inteligencia y también impedir el trabajo de la voluntad. Lo ideal es que la inteligencia esté libre de impedimentos para evaluar los datos del conocimiento sensible y las inclinaciones apetitivas sensibles. Así, la voluntad tendrá la información adecuada de la inteligencia y podrá actuar bien.

Finalmente, hay que mencionar el amplísimo campo de la afectividad, considerada como «la característica del ser psíquico de experimentar íntimamente las realidades exteriores o de experimentarse a sí mismo»⁵. La afectividad *impregna* todos los aspectos de la persona, pero lo más adecuado es que se desplace al ámbito espiritual para lograr que, desde allí, se conduzca al ámbito sensitivo. El problema de la madurez está en evitar que la afectividad se establezca en el ámbito sensitivo.

Dios previó que los seres humanos alcanzáramos la perfección paso a paso; sin embargo, para alcanzarla con seguridad y prontitud otorgó, a nuestros primeros padres, virtudes infusas y dones preternaturales. Pero, cuando nuestros primeros padres se enemistaron con Dios a causa del pecado original, se perdió la armonía de nuestra naturaleza, se dificultó acceder a la verdad y al bien, y perdimos la herencia del cielo. Entonces, la Misericordia divina prometió un Redentor que nos recuperaría la amistad con Dios y la posibilidad de abrirnos las puertas del cielo, para el que habíamos sido creados.

Como el desorden en nuestra naturaleza dejó en nosotros una inclinación al mal, y la falibilidad en nuestras operaciones, el Espíritu Santo, la tercera Persona de la Santísima Trinidad, agrega sus dones a la gracia, con los cuales sana nuestra debilidad, evita los errores y acelera nuestro perfeccionamiento, siempre que aceptemos libremente Su acción.

EL ESPÍRITU SANTO

«La Iglesia profesa su fe en el *Espíritu Santo* que es *Señor y dador de vida*. Así lo profesa el Símbolo de la Fe, llamado nicenoconstantinopolitano por el nombre de los dos Concilios —Nicea (a. 325) y Constantinopla (a. 381)—, en los que fue formulado o promulgado»⁶. Como *Señor*, le tenemos asentado en el alma en gracia, donde está como Maestro con gran *poder y majestad*. Como *dador de vida*, así como engendró a

5. Cfr. C. GÓMEZ LAVÍN, *La personalidad y su desarrollo*, Zaragoza 1991, p. 61.

6. JUAN PABLO II, *Dominum et Vivificantem*, p. 3.

Nuestro Señor Jesucristo en las entrañas purísimas de Santa María Virgen, de modo semejante nos engendra en el seno de la Virgen al incorporarnos al Cuerpo Místico de Cristo, por la recepción del Bautismo. Además, al inhabitar, podemos decir que se da un *renacimiento*; antes nos dio el ser, ahora nos hace conducirnos al *modo divino* por la acción de los dones, de manera que la semejanza con Dios se hace más plena.

Lo anterior queda recogido en el siguiente texto del Catecismo de la Iglesia Católica: «Pero S. Juan irá todavía más lejos al afirmar: “Dios es Amor” (I Juan 4, 8.16); el ser mismo de Dios es Amor. Al enviar en la plenitud de los tiempos a su Hijo único y al Espíritu de Amor, Dios revela su secreto más íntimo (cf I Co 2, 7-16; Ef 3, 9-12); Él mismo es una eterna comunicación de amor: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y nos ha destinado a participar en Él»⁷. El beato Josemaría Escrivá, por su parte, hace ver que el Espíritu Santo tiene una gran paciencia y espera el mejor momento para ayudarnos a vivir como hijos de Dios: «La acción del Espíritu Santo puede pasarnos inadvertida, porque Dios no nos da a conocer sus planes y porque el pecado del hombre enturbia y oscurece los dones divinos. Pero la fe nos recuerda que el Señor obra constantemente: es Él quien nos ha creado y nos mantiene en el ser; quien, con su gracia, conduce la creación entera hacia la libertad de la gloria de los hijos de Dios»⁸.

LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO EN LA NATURALEZA HUMANA

«El Espíritu Santo, el fuego que quema cuanto halla. Con este fuego no hay honra ni riquezas, ni prosperidades, ni deleites que el hombre desee; todo lo hace tener en poco y tenerlo debajo de los pies. Con este fuego se quema todo lo sensual del hombre»⁹. La gracia y los dones no destruyen ni anulan la naturaleza humana, sino que se apoyan en ella y la perfeccionan, todo es obra del poder creador de Dios. Por eso, la inhabitación del Espíritu Santo en el alma realza de manera particular los significados de la naturaleza humana. Respecto a *nacer*, el Espíritu Santo nos hace hijos de Dios. Respecto a *producir, crecer, hacer*, Su poder logra en nosotros *acciones a lo divino* pues, al conducir cada facultad con sus dones, sana y eleva nuestras operaciones.

El trato del Espíritu Santo es personal, llama por nuestro nombre y afirma nuestra originalidad e irrepetibilidad. La definición dada de persona humana se clarifica al relacionarla con el Paráclito, porque en-

7. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 221.

8. *El Gran Desconocido*, en *Es Cristo que pasa*, Madrid 1969, n. 130.

9. BEATO JUAN DE ÁVILA, *op. cit.*, p. 208.

tonces se entiende que la persona es *sujeto* porque ha de sujetarse a Dios, mediante la inserción al Cuerpo Místico de Cristo, de modo que tanto la corporeidad como la espiritualidad se hacen miembros vivos de la sociedad sobrenatural que es la Iglesia.

Tomás de Aquino dice: «La palabra “Don”, tomada personalmente en Dios, es nombre propio del Espíritu Santo (...) y por eso dice San Agustín “que por el Don, que es el Espíritu Santo, se distribuyen muchos dones particulares a los miembros de Cristo”»¹⁰. «La vida moral de los cristianos está sostenida por los dones del Espíritu Santo. Estos son disposiciones permanentes que hacen al hombre dócil para seguir los impulsos del Espíritu Santo»¹¹. «Los siete *dones* del Espíritu Santo son: sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios. Pertenecen en plenitud a Cristo, Hijo de David (cf Is 11, 1-2). Completan y llevan a su perfección las virtudes de quienes los reciben»¹².

Veamos cómo y dónde operan los dones¹³. En la inteligencia, el Paráclito ha puesto cuatro dones: sabiduría, inteligencia, ciencia y consejo. En la voluntad el don de piedad; en el irascible el don de fortaleza y en el concupiscible el don de temor de Dios. De acuerdo con el cuadro de las operaciones humanas, podemos ubicar los dones del Espíritu Santo:

<i>ÁMBITO</i>	<i>Corpóreo</i>	<i>Espiritual</i>
<i>Cognitivo</i>		Sabiduría Inteligencia Ciencia Consejo
<i>Apetitivo</i>	Temor de Dios Fortaleza	Piedad

Los cuatro dones que recibimos en la inteligencia corresponden a los distintos hábitos intelectuales. Por el don de inteligencia penetramos en las verdades divinas; este don, por su objeto, eleva y perfecciona la simple aprehensión. Los otros dones elevan y perfeccionan las operaciones de juzgar y razonar: el don de sabiduría juzga de las cosas divinas, el de ciencia juzga de las criaturas y el de consejo organiza y dispone nuestros actos.

10. S. Th. I, q. 38, a. 2.

11. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1830.

12. *Ibid.*, n. 1831

13. Cfr. L.M. MARTÍNEZ, *El Espíritu Santo y Sus Dones*, México 1982, pp. 25-27.

En la voluntad actúa el don de piedad, cuyo objeto es armonizar y disponer nuestras relaciones con los demás. En las pasiones concupiscibles actúa el don de temor de Dios para moderar los ímpetus desordenados. En las irascibles el don de fortaleza enardece el ánimo frente a las dificultades. «El Espíritu Santo, ayo del entendimiento y ayo y gobernador de la voluntad, no te dejará pasar con cosa mala de cuantas tu sensualidad te pidiere. Él hará como no la hagas, sino al contrario de lo pensabas hacer»¹⁴. Cuando dejamos el Espíritu Santo sea nuestro Maestro, las operaciones que realizamos quedan especialmente orientadas al bien y actúan con acierto. Las potencias humanas fortalecen su inclinación a la perfección, porque al realizar actos buenos se enraizan las virtudes. «El nombre de “amor” en Dios puede tomarse esencial o personalmente, y cuando se toma personalmente es nombre propio del Espíritu Santo»¹⁵. Si el Amor, que es el Espíritu Santo, conduce la afectividad, ésta se llena de amor a Dios, se elimina el desconcierto y, el encanto de las criaturas ya no distrae del verdadero amor.

LOS FRUTOS DEL ESPÍRITU SANTO

«De la misma manera que los cuerpos transparentes y nítidos, al recibir los rayos de luz, se vuelven resplandecientes e irradian brillo, las almas que son llevadas e ilustradas por el Espíritu Santo se vuelven también ellas espirituales y llevan a las demás la luz de la gracia. Del Espíritu Santo proviene el conocimiento de las cosas futuras, la inteligencia de los misterios, la comprensión de las verdades ocultas, la distribución de los dones, la ciudadanía celeste, la conversación con los ángeles. De Él, la alegría que nunca termina, la perseverancia en Dios y, lo más sublime que puede ser pensado, el hacerse Dios»¹⁶.

Cuando la persona deja hacer al Paráclito por medio de sus dones, se equipara a una higuera que siempre tiene frutos. «Los *frutos* del Espíritu son perfecciones que forma en nosotros el Espíritu Santo como primicias de la gloria eterna. La tradición de la Iglesia enumera doce: “caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia, castidad” (Ga 5, 22-23, vulg.)»¹⁷.

La caridad, el gozo y la paz son frutos que se derivan de la contemplación a Dios, los demás provienen de la relación —por Dios— con

14. BEATO JUAN DE ÁVILA, *op. cit.*, p. 204.

15. S. Th. I q. 37 a.1

16. S. BASILIO, *Sobre el Espíritu Santo*, 9,23, en *Homilias escogidas de S. Basilio el Grande*, Bibl. de autores griegos y latinos, Barcelona 1915.

17. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1832.

nuestros semejantes y con las criaturas inferiores¹⁸. «Su actuación en el alma es suave y apacible, su experiencia es agradable y placentera, y su yugo es levísimo. Su venida va precedida de los rayos brillantes de su luz y de su ciencia. Viene con la bondad de genuino protector; pues viene a salvar, a curar, a enseñar, a aconsejar, a fortalecer, a consolar, a iluminar, en primer lugar la mente del que lo recibe y después, por las obras de éste la mente de los demás. Y del mismo modo que el que se hayaba en tinieblas al salir el sol recibe su luz en los ojos del cuerpo y contempla con toda claridad lo que antes no veía, así también al que es hayado digno del don del Espíritu Santo se le ilumina el alma y, levantado por encima de su razón natural ve lo que antes ignoraba»¹⁹.

La caridad es amor divino, amor celestial, es la imagen del Espíritu Santo. El gozo sigue a la caridad, porque es el resultado de haber encontrado al amado. La paz es la perfección del gozo, es el orden de los afectos. «¡Oh, que artifice es este Espíritu! No se tarda en aprender todo aquello que quiere; inmediatamente que toca nuestra mente, enseña, y sólo haber tocado es haber enseñado ya: inmediatamente que ilustra el alma la transforma; oculata repentinamente lo que era y manifiesta lo que no era»²⁰.

La paciencia y la longanimidad son los consuelos íntimos que el Espíritu Santo da para poder sufrir y esperar. La paciencia ayuda a sobrellevar los males, la longanimidad ayuda a esperar los bienes. «Ves, pues, cómo San Pedro, que antes tenía miedo de hablar de Jesús, ahora se goza ya en los castigos; y el que antes de la venida del Espíritu Santo temió ante la voz de una mujer, después de la venida desfila las iras de los príncipes»²¹.

La bondad, la benignidad, la mansedumbre y la fidelidad son consecuencia de las relaciones con nuestros semejantes. La bondad es el deseo de hacer bien a todos y la benignidad es la ejecución generosa de ese propósito. La mansedumbre suaviza las relaciones con los demás, incluso cuando no nos tratan bien. La fidelidad consiste en cumplir nuestro deber y nuestras promesas, sin engañar a los demás. «Vemos la transformación que obra el Espíritu en aquellos en cuyo corazón habita. Fácilmente los hace pasar del gusto de las cosas terrenas a la sola esperanza de las celestiales, y del temor y la pusilanimidad a una decidida y generosa fortaleza del alma. Vemos claramente que así sucedió en

18. Cfr. L.M. MARTÍNEZ, *El Espíritu Santo y Sus Frutos*, México 1982, pp. 58 y ss.

19. S. CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis 16, sobre el Espíritu Santo*, 1, en *Instrucciones catequéticas*, PG 33, 331-1180. *Los grandes maestros de la doctrina cristiana*, vol. II: S. Cirilo, Madrid 1926.

20. S. GREGORIO MAGNO, *Homilias 30 sobre los Evangelios*, BAC, Madrid 1955.

21. *Ibid.*

los discípulos, los cuales, una vez fortalecidos por el Espíritu, no se dejaron intimidar por sus perseguidores, sino que permanecieron, tenazmente unidos al amor de Cristo»²².

La modestia, la continencia y la castidad se caracterizan por el orden con que se usan las criaturas. La modestia consiste en la moderación en el uso de las riquezas, de los honores o de los placeres. La continencia y la castidad ordenan la concupiscencia.

«¿Y quién podrá contar los bienes que nos hace y los males de que nos guarda? De allá sale el viento, y allá vuelve, al Padre y al Hijo; de allá lo expiran, y de allá espira Él a sus amigos; allá los guía, allá los lleva, para allá los quiere»²³. En este estado la persona humana está segura, en las manos de Dios, manifestando en su ser y actuar la Gloria de Dios. Se hace realidad la promesa de Nuestro Señor Jesucristo «Cuando venga el Abogado, que yo os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, Él dará testimonio de mí, y vosotros daréis también testimonio, porque desde el principio estáis conmigo»²⁴.

La persona, en este estado de docilidad y abandono en Dios, realiza su posibilidad de ser instrumento, como lo expresa Tomás de Aquino: «El Espíritu Santo se sirve de la palabra del hombre como de un instrumento. Pero es Él el que interiormente perfecciona la obra»²⁵. «La relación íntima con Dios por el Espíritu Santo hace que el hombre se comprenda, de un modo nuevo, también a sí mismo y a su propia humanidad. De esta manera, se realiza plenamente aquella imagen y semejanza de Dios que es el hombre desde el principio»²⁶.

22. S. CIRILO DE ALEJANDRÍA, *Comentario al Evangelio de San Juan*, 10.

23. BEATO JUAN DE ÁVILA, *op. cit.*, p. 126.

24. JUAN 15, 26-27.

25. S. *Th.* II-II, q. 177, a. 1 c.

26. *Dominum et Vivificantem*, p. 15.

